CONFERENCIA NOVENA.

La Prision de Jesus.

Oblatus est, quia ipse voluit.

El se ofreció, porque quiso.

(Is. 53.)

Lo que forma la mayor gloria de Sanson, no es el haber sido el mas fuerte de todos los hombres, sino haber sido un personaje profético y haber figurado en sí uno de los misterios mas importantes de Jesucristo.

Este célebre Nazareno, á quien el odio de los Filisteos habia puesto muchas veces asechanzas inútiles, acabó por ser aprisionado; mas esto no se verificó sino cuando el esceso de su amor á una esposa infiel le hizo cortar el cabello en el que residia todo el secreto de su fuerza.

Pues bien, ¿ puede verse una figura mas marcada de Jesucristo? El verdadero Nazareno, despues de haber desconcertado siempre los designios de los Judíos que querian prenderle, y hecho inútiles todos sus esfuerzos, no cae en poder de sus enemigos sino cuando, en el esceso de su caridad y por la sinagoga, frecuentemente designada por los profetas con el nombre de *esposa infiel*, consiste en que la gloria de su cabeza sea disminuida. Esto significa que los verdaderos Filisteos no prevalecen sobre el verdadero Sanson sino cuando este permite que su humanidad santa deje de ser protegida visiblemente por la divinidad á la que está unida personalmente, y que sea sometida á la flaqueza comun de los hombres. De modo que el Mesías, como lo habia anunciado claramente el profeta, no fué inmolado sino porque él mismo se ofreció voluntariamente : *Oblatus est, quia ipse voluit.*

Estas breves y sencillas palabras de Isaías encierran la circunstancia mas importante de la pasion y muerte del Redentor. Porque su sacrificio no ha sido eficaz para nosotros ni nos ha rescatado, sino porque fué voluntario, y porque su muerte, mas bien que el esceso de

la malicia de los hombres, fué el misterio de su caridad divina : *Oblatus est, quia ipse voluit;* verdad esencial que brilla con un resplandor especial en el misterio de la prision de Jesus en el huerto de las Olivas. Guardémonos pues, dice S. Ambrosio, al ver á Jesus en poder de sus verdugos, de acusar su propia flaqueza, ó la fuerza y la violencia de los hombres (1). No, no, la traicion de Judas, la sacrílega audacia de los Judíos no son mas que instrumentos ciegos de los designios de su sabiduría y de su amor ardiente. No es la fuerza de las armas sino el misterio de la salvacion del mundo lo que encadena al Salvador y le entrega á sus enemigos (2). Consideremos pues hoy bajo este punto de vista el tierno misterio de la prision de Jesus en Gethsemaní, á fin de que tomemos la resolucion de hacernos cautivos voluntarios de aquel que voluntariamente se hizo cautivo por nosotros : *Oblatus est, quia ipse voluit.*

PRIMERA PARTE.

Al derribar el Salvador con una sola palabra á la infame soldadesca amotinada para apoderarse de su persona, no lo hizo porque pensára escaparse de las manos de sus viles perseguidores, solo quiso manifestarnos, dice S. Agustin, que sin su voluntad nada podian sobre él. Esta prueba no le basta y ha querido añadir á ella otras mas palpables y mas luminosas para convencernos cada vez mas de su Divinidad y de la libertad de su sacrificio (3).

Ved en primer lugar el tono de autoridad con que manda que dejen libres á sus amados discípulos, y les garantiza la vida. Él se vuelve con un aire de soberano hácia los criados insolentes y crueles á quienes el mismo poder que los habia derribado acaba de levantar, y añade : Ya os lo he dicho; yo soy Jesus de Nazaret. Si pues es á mí á quien buscais, os permito que os apodereis de la persona del Maestro, mas no toqueis á los discípulos (4).

Y bien, ¿qué simple mortal, añade S. Agustin, hubiera osado jamás en tales circunstancias hablar así á unos soldados que habian venido á prenderle? ¿No hubiera temido por el contrario hacer nacer

(1) Cum legimus teneri Jesum, caveamus ne putemus eum teneri invitum, et quasi infirmun. (*In Luc.*)

(2) Dominum omnium mysteria non arma tenuerunt. (*Ibid.*)

(3) Ostendit quod adversus eum nihil caluissent nisi quod ipse voluisset. (*Tract.* 112. *in Joan.*)

(4) Dixi vobis quia ego sum. Si ergo me quæritis, sinite hos abire. (*Joan.* 18.)

en ellos con un lenguaje tal, una idea que tal vez no tenian, la de apoderarse tambien de los discípulos, ó dar una órden que no hubieran obedecido? Mas el Hijo de Dios, cuya palabra produjo el cielo y la tierra, sabe cuanto es el poder y la fuerza de sus mandatos. Esta es la causa por que habla como un rey á sus vasallos, como un señor á sus criados, como un Dios á sus criaturas, sin temer de modo alguno ser desobedecido. Él habla como Dios que ejerce su imperio lo mismo sobre las voluntades mas rebeldes que sobre las mas dóciles; sus mismos enemigos se ven obligados por una fuerza invencible á dejar ir á sus discípulos, porque su Divino Maestro no quiere que perezcan : *Inimicos jubet et hoc faciunt; sinunt scilicet, eos abire, quos Jesus non vult perire.*

En efecto, ¿puede esplicarse de otra manera que los Judíos prendan á Jesus como cabeza de una nueva sociedad, que miraban como herética, y que dejen en libertad á sus discípulos depositarios de su doctrina, y que no dejarian de propagarla aun despues de la muerte de su Maestro? ¿Cómo comprender que se apoderen de un pretendido reo de estado, y no inquieten á sus cómplices? Cómo comprender que unos lobos devorados por el hambre se precipiten sobre el pastor, y dejen libres á todas las ovejas, sin tocar ni á una sola? Además, ¿qué resistencia podian oponer once hombres á aquella multitud armada que los tenia ya cercados y les habia quitado los medios de fugarse? Si pues nadie osa tocar á uno solo de los apóstoles, no es, dice S. Juan Crisóstomo, por efecto de la benevolencia de los soldados, sino por la virtud divina de su augusto prisionero que imprimió á este nuevo precepto : « Déjales ir, » la misma fuerza que habia dado á esta palabra : « Yo soy. » Así pues el mismo poder divino que habia abatido á los Judíos á los piés del Maestro, los contiene para que no puedan hacer mal alguno á los discípulos (1).

Por medio de esta órden, que sus enemigos siguen con una obediencia tan pronta y tan perfecta, aleja Jesus la idea de que haya podido caer en manos de los Judíos por la fuerza. Él demuestra á los mas incrédulos la facilidad con que podia impedir que se apoderasen de su persona, supuesto que no tiene mas que hablar para que sus discípulos conserven su libertad, y demuestra al mismo tiempo

(1) Admirari qui posset cur non comprehenderint etiam cum Jesu, aut verberaverint discipulos. Quid ergo eos continuit? Hoc quippe non fuit eorum propositi, sed illius potentiæ quæ eos egerat retrorsum. (*Homil.* 82. *in Joan.*)

que es llevado á la muerte porque así lo permite, lo consiente y lo quiere : *Oblatus est, quia ipse voluit.*

¡Cuán patético es este rasgo de amor del Redentor! Olvidado de sí mismo, no piensa mas que en poner á sus discípulos en seguridad. Pronto á aceptar para sí la prision y la muerte, se apresura á asegurar á sus amigos la libertad y la vida; mas en la conducta que observa hoy con respecto á los apóstoles que le acompañan, ha dado, dice S. Cirilo, una garantía de lo que hará un dia por todos los fieles cuya figura eran los apóstoles. Porque si él mostró en estas circunstancias tanta solicitud por salvar un número tan pequeño de los suyos, ¿cómo es posible que no quiera proteger siempre la innumerable multitud de los cristianos (1)? ¡Dichosos pues los que le pertenecen por la docilidad de su fe y el fervor de su caridad! Él, como lo anunció por boca de su profeta, los rodea, los cubre, como con un escudo, con su proteccion divina y con su tierno amor. Él los toma en sus brazos amorosos y los estrecha en su seno como una madre afectuosa hace con su tierno hijo. Ninguna fuerza creada puede entonces arrancarles de este asilo de seguridad que ellos encuentran en las manos de su Salvador, y ni la malicia de los hombres durante la vida, ni los horrores de la muerte osan acercarse á ellos para causarles mal alguno (2).

El Señor obliga á sus enemigos, no solo á obedecer sus órdenes, sino tambien á oir sus reconvenciones. Dirigiéndose á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados del pueblo que se hallaban presentes les dice : « ¡Y qué! ¿soy yo un vil asesino para que vengais armados de espadas y de palos para prenderme? » Con estas palabras queria decirles, segun S. Gerónimo : « ¡Cuán insensatos sois en venir con un aparato tan formidable á prender un hombre sin defensa, que se pone él mismo voluntariamente en vuestros manos (3)! » Despues añade Jesus : « Diariamente he estado en medio de vosotros, enseñando públicamente mi doctrina en el templo. ¿Por qué no me prendisteis entonces que podiais hacerlo con tanta facilidad? » Es como si les hubiera dicho, segun la esplicacion de S. Cirilo : « Yo he enseñado en el templo donde vosotros obrais como

(1) Putandum est imaginem omnium eos tenuisse. Qui tam paucorum, tali tempore, curam habuit, quomodo innumerabiles fideles non proteget? (*Lib.* 11 *in Joan.*)

(2) Et non tanget illos tormentum malitiæ (*vel*), tormentum mortis. (*Sap.* 3.)

(3) Quasi dicerret : Stultum est cum gladiis quærere qui se ultro vestris manibus tradit. (*In Matth.*)

señores y donde teneis á vuestras órdenes una guardia numerosa. Yo os he enseñado doctrinas que os eran odiosas. Muchas veces he arrojado de él los vendedores cuyos fraudes y engaños aprobabais. Vosotros bramabais de rabia, pero ninguno de vosotros se atrevió á poner las manos sobre mí. Esto deberia convenceros de que solo teneis la pérfida intencion de dañarme, pero que os falta el poder para hacerlo. Sabed pues que lo que no pudisteis hacer entonces, porque yo no quise, no lo podriais tampoco ahora si yo no lo permitiese, si yo no os entregase espontáneamente mi persona y me complaciese en hacer que vuestro odio impotente sirva al cumplimiento de mi designio. (1) » Finalmente el Salvador concluye con estas graves y misteriosas palabras : « Hacedlo ahora; esta hora es la vuestra, esta es la hora del poder de las tinieblas. (2) »

¡Oh! ¡Qué horrible revelacion, esclama Orígenes, es la que hizo el Salvador á aquellos seres perversos, cuando así les habló! Él les descubre que obraban sin saberlo bajo la inspiracion del poder de las tinieblas, es decir, que eran impulsados por el demonio, que ellos obedecian al demonio, que eran ministros ciegos y ejecutores de sus deseos injustos y crueles (3). En efecto esto fué como si les hubiera dicho : Esta es la hora en que podeis prevalecer contra mí, porque es la hora en que he permitido al demonio que ejerza sobre mi persona el mismo poder que le di en otro tiempo sobre Job, que fué mi figura. Vosotros pues sois ministros del infierno, sois demonios visibles. Animados contra mi de un odio igual al de Lucifer, las mismas tinieblas os ciegan, el mismo furor os posee; y ¡ved aquí, desgraciados, lo que os agrada, y de lo que os gloriais como de un triunfo! *Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum.*

Mas, ¡qué es esto! La soldadesca está pronta; el traidor ha dado la señal; Jesucristo se ha dado á conocer; los sacerdotes braman. están impacientes por tenerle entre sus manos; y sin embargo esos espíritus soberbios, impudentes y audaces permanecen inmóbles y escuchan en silencio unas reconvenciones tan amargas. Y ninguno hay que ose interrumpirle, ninguno que se atreva á respirar, ninguno que imponga silencio ni haga ejecutar contra él el mandamiento de prision. ¡Ay! Esto consiste en que la misma virtud divina que los ha derribado, que los ha levantado y los ha obligado á

(1) *Cyril. Alex. in Cat. in Luc.*

(2) Hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum. (*Matth.*)

(3) Dicit etiam, quod hæc potestas est tenebris data, id est diabolo, et Judæis insurgendi in Cristum. (*In Matth.*)

respetar á sus discípulos, contiene igualmente su furor y detiene sus brazos estendidos contra el Maestro. Así como Jesus no quiso ser conocido de ellos sino cuando se dignó darse á conocer, del mismo modo en este momento no permite que ninguno de ellos le toque sino cuando sea su voluntad. Así como hizo que el beso de la traicion fuese inútil para designarle, así ahora hace que la fuerza y el odio sean impotentes para prenderle. Así como no quiso que el reconocimiento de su persona dependiese de la perfidia de su discípulo, así tampoco quiere que el instante de su prision dependa del furor de los soldados, sino que lo retarda segun su voluntad. De este modo demuestra todavía mas claramente que supuesto que hace inmóbles á sus enemigos por espacio de una hora, pudiera dejarles en este estado para siempre; que no podrian prenderle si él mismo no consintiese; en una palabra, demuestra que es Dios, y como tal, el dueño de su vida, el árbitro de su libertad y el sacerdote voluntario de su sacrificio : *Oblatus est, quia ipse voluit.*

Mas, cuando Jesus dice : « Esta es vuestra hora; esta es la hora del poder de las tinieblas; » da á los Judíos el permiso para acercarse y para apoderarse de él, y declara que desde aquel momento se abandona á merced de su crueldad y de su furor. Ved aquí por que los arqueros y los soldados, todos bajan sus armas, preparan las cuerdas y se disponen para amarrarle. Mas como los satélites de los grandes y de los poderosos se señalan ordinariamente por su audacia, un cierto Malco, esclavo vil del gran sacerdote, se adelanta el primero para apoderarse del Salvador. A vista de esto no pueden los apóstoles contener su celo. Señor, dicen á Jesus, ¿no nos permitis que hagamos uso de nuestras espadas? *Domine, si percutimus gladio?* (Luc.) Pedro, mas animoso y mas ardiente que los otros, sin esperar la respuesta del Señor, y mas veloz que la palabra, se arroja sobre el insolente criado, y quiere hendirle la cabeza con su espada; mas, por una disposicion secreta de Jesus, el golpe se tuerce, y en vez de abrirle la cabeza, le corta la oreja derecha (1). ¡Oh! ¡cuán imprudente es el celo del príncipe de los apóstoles! ¡Quién puede calcular las consecuencias de la lucha desigual que se empeña entre los soldados y los apostoles! Sin embargo, no temais; apenas principia, cuando el Salvador pone fin á ella. Basta, basta, dice

(1) Simon Petrus eduxit gladium; et percutiens servum principis sacerdotum, amputavit auriculam ejus dexteram. (*Joan.*)

á sus discípulos, no opongais mas resistencia: *Sinite usque huc.* (Luc.) En seguida dirige á Pedro vivas reconvenciones, y bajándose, coje la oreja ensagrentada de Malco, la coloca en su lugar y la cura milagrosamente.

Seguramente los Evangelistas no han referido estas circunstancias sin una razon elevada, y este relato, tan sencillo en apariencia, oculta en el fondo misterios importantes.

En primer lugar, ¡cuán bello es, dice S. Gerónimo, ver á Pedro manifestar en todas partes el ardorde su fe mas que todos los otros! Y aunque en estas circunstancias probase que no comprendia el gran misterio de la muerte del Salvador, no se engañó sin embargo en su amor á él. Su corazon no resistió al dolor de ver cargar de ligaduras y arrastrar á la muerte al que habia reconocido y confesado por verdadero Hijo de Dios (1). ¿Pero sabéis vosotros, prosigue S. Ambrosio, por qué es Pedro y no otro de los apóstoles, quien corta la oreja á Malco? Porque solo á Pedro es á quien ha dado Jesucristo, con el poder de atar y desatar, el derecho de cortar con la espada espiritual del anatema la oreja espiritual de los que no escuchan ó escuchan mal la doctrina de la Iglesia (2).

La reconvencion misma que Jesus le hace no es menos misteriosa ni menos sublime. De estas palabras: « Baja tu arma; vuelve esa espada á la vaina; porque todos los que se sirvan de la espada, perecerán por la espada, » resulta claramente, dice el Emiseno, que el Señor no opuso resistencia alguna porque no quiso, no porque tuviese imposibilidad de hacerlo. Además no es menos evidente que aunque se trataba entonces de una defensa legítima, se negó Jesus á usar de las armas (3).

Mas, ¿qué quiere decir esto? ¿Quíso por ventura el Salvador al espresarse así, prohibir á los príncipes y á sus soldados el uso de las armas en una guerra justa y en el caso de una defensa legítima, como lo cree equivocadamente Tertuliano? No sin duda; mas él quiso advertirnos, responde S. Cirilo, que las persecuciones de los tiranos contra los cristianos (cuyo preludio y cuyo símbolo es la que

(1) In omnibus locis ardentioris fidei invenitur Petrus; et licet erret in sensu, non errat affectu: nolens illum mori quem confessus est Filium Dei. (*In Marc.*)

(2) Quare Petrus? Quia ipse ligandi atque solvendi adeptus est potestatem. Et ideo tollit gladio spirituali aurem male intelligentis. (*In Luc.*)

(3) Quod se non defendit, non est impotentiæ, sed voluntatis, sed neque jus Dominus armis voluit defendi. (*In Matth.*)

Jesus sufre al presente por los Judíos), no debían ser rechazadas por la fuerza material, que nos espone á parecer por la espada, sino que debia emplearse contra ellas la fuerza del alma, la dulzura, la humildad, la paciencia y la oracion. Él quiso enseñarnos que en una guerra espiritual no son las armas visibles las que conviene emplear, porque sí con ellas podemos vencer, podemos tambien ser vencidos; sino las armas invisibles y espirituales, de que habla San Pablo: el escudo de la fe, el casco de la esperanza y la coraza de la caridad, que harán siempre triunfar la Iglesia en la tierra y asegurarán á los mártires una corona de victoria en el cielo (1).

Sin embargo, el Salvador insiste, y continúa diciendo á Pedro: « ¿Cómo puedes tú creer que yo rehuse el cáliz que mi Padre me ofrece por mano de estos verdugos? » Esto era decirle: Pues qué, ¿he orado tanto, he luchado tanto para beber sola la amargura del cáliz de mis dolores y aplicar todo el fruto á los hombres, y ahora que estoy próximo á llegar al fin de mis combates, ahora que este cáliz se me presenta, quieres tú que yo retire la mano y que no le beba? Sabe, ó Pedro, continúa el Salvador con un acento de majestuosa firmeza, sabe, Pedro, que si yo no quisiera hacer uso de mi poder, sino apelar á una defensa esterior, no tendria mas que hacer una señal, y el cielo y la tierra se conmoverian para volar á mi socorro; en vez de doce apóstoles, podria yo disponer de mas de doce legiones de ángeles, y esterminar en un instante á mis enemigos (2). Mas entonces estaria yo en contradiccion conmigo mismo, porque yo soy quien ha enviado los profetas, yo quien les ha inspirado cuando han anunciado mis oprobios, mis tormentos y mi muerte. ¿Luego, cómo puedo yo impedir el cumplimiento de lo que he hecho anunciar en las Escrituras, y que he establecido yo mismo? Así pues, yo soy quien detiene el auxilio celestial que mi Padre estaria pronto á concederme. Mi amor á los hombres encadena su justicia, mi resignacion calma la impaciencia de los ángeles, y la que se apodera de todas las criaturas á vista de los ultrajes que recibe el Criador. ¡Oh! ¡Qué declaracion tan preciosa! Nosotros sabiamos, Señor, que no es por necesidad, sino por amor, por lo que os entregais á la muerte por nosotros; mas es muy consolador, es muy dulce á nuestro corazon oirlo repetir con tanta frecuencia, y

(1) Docemur hoc facto quanam pietate zelus in Christum procedat. Arma enim nostra non carnalia sunt, sed, ut ait Apostolus, spiritualia. (*In Joan.*)

(2) An putas quia non possum rogare Patrem meum; et exhibebit mihi plusquam duodecim legiones Angelorum? (*Matth.*)

reconocer por unas pruebas tan evidentes que vuestra caridad, mas que la perfidia de los hombres, os ata hoy las manos y os carga de cadenas: *Oblatus est, quia ipse voluit.*

Mas ¿la amputacion de la oreja de Malco y su curacion carecen acaso de misterio? No, dicen los Padres. Recordemos en primer lugar que en muchos lugares de la Escritura la oreja del cuerpo se toma metafóricamente por la inteligencia, la docilidad y la obediencia del espíritu á la palabra de Dios; y en este sentido está escrito: «El pueblo gentil me ha obedecido en el entendimiento de su oreja», (Ps. 17) y Jesucristo en el Evangelio repite con frecuencia estas palabras: «El que tiene orejas para oir, que me oiga.» (Matth. 11) Esto supuesto, ¿sabeis por qué, observan Orígenes y S. Cirilo, en castigo del insulto hecho á Jesucristo sufrió el criado del gran sacerdote la amputacion de la oreja derecha, en tanto que la izquierda fué preservada? Esto significa lo que sucedió realmente; es decir, que el pueblo judío, por haber negado y condenado á muerte al Mesías, fué castigado con la pérdida de la oreja derecha; es decir, que perdió el sentido fácil, verdadero y espiritual de la Escritura Sagrada. Él no la entiende ya sino con la oreja izquierda, él no comprende ya las promesas ni los misterios sino en un sentido falso, material y humano; él no percibe mas que la sombra y la corteza, sin descubrir en manera alguna la sustancia y la verdad (1).

Jesus vuelve á colocar milagrosamente en su lugar la oreja ensangrentada de Malco, y con esto nos da á entender, dice S. Agustin, que llegará un dia en que, en su misericordiosa bondad, volverá á los Judíos la verdadera inteligencia de la Escritura, y les dará un corazon dócil y sumiso á su palabra (2).

S. Ambrosio piensa que esta amputacion de la oreja derecha es el emblema de la sordera espiritual con que están heridos los herejes en castigo de haber renegado de Jesucristo al renegar de su Iglesia. Porque la esperiencia prueba que ellos no entienden la Escritura sino en un sentido ridículo y erróneo; que la desfiguran de una manera atroz y que hacen de ella un horrible sacrilegio, empleando, para apoyar los errores que les pierden, el código de la verdad que deberia edificarlos y salvarlos. Mas Jesucristo, por la curacion de

(1) Quo, ceu typo quodam, significatur: Judæorum populos dextero et facili auditu carituros. (*Cyrill. in Joan.*) Nam legem modo cum sinistro auditu audiunt. Umbram habentes traditionis de lege, non veritatem. (*Orig. in Matth.*)

(2) Quid auris pro Domino amputata et á Domino sanata significat? Nisi (Judæis.) auditum, amputata veteri vetustate, reversurum?

Malco, nos da á entender que los herejes mismos, si se convirtiesen sinceramente, tendrian la inteligencia verdadera de los Libros Santos, y se salvarian (1).

¡Cuán dichosos somos nosotros los católicos en tener la inteligencia perfecta y comprender en su verdadero sentido la palabra de Dios encerrada en los Libros Santos! Mas no olvidemos que esta ventura nos será inútil sino procuramos conformar nuestras obras á esta celestial doctrina, á esta palabra de Dios que profesamos sinceramente en nuestro espíritu, y cuya pureza publica nuestra boca.

Pero podrá decirse: ¿no podia el Salvador haber curado á Malco con una sola palabra ó con un solo signo? Sin duda alguna, supuesto que á una palabra suya salió el universo de la nada. Sin embargo quiso que esta curacion fuese obra de sus manos para manifestar, dice S. Ambrosio, que el Dios que en este dia no cura mas que un solo miembro del cuerpo humano, es el mismo Dios que le formó en otro tiempo todo entero del limo de la tierra, y que el que al presente rescata al hombre, es el mismo que le crió en otro tiempo (2). Por esta razon, prosigue S. Ambrosio, se vió entonces al lodo, de que el hombre está formado, reconocer á su artífice primitivo, y obedecer á su Criador. Y en efecto, añade S. Leon, apénas acerca Jesucristo su mano poderosa á la oreja de Malco, cuando la carne, todavía palpitante, siente al momento que la fuerza divina del que la formó la primera vez la vuelve á formar al presente, y dócil vuelve á tomar al instante su primera figura (3).

Sin embargo, por este milagro no manifestó Jesucristo tan solo su omnipotencia, sino tambien su dulzura, su paciencia y su caridad. Esta es la causa por que no cesan los Padres de meditar en él, y hacerle el objeto, en su admiracion, de sus elogios y de su amor.

En primer lugar al obrar nuestro Redentor este admirable prodigio con un vil criado que se habia adelandato para insultarle, manifestó, segun S. Juan Crisóstomo, la bondad de su corazon. Él quiso enseñarnos que no debemos negar nuestros beneficios ni nuestro amor á persona alguna, ni aun á las que nos hacen mal y nos

(1) Sed Dominus refundi auditum, demonstrans et ipsos (Hæreticos), si convertantur posse salvari. (*In Luc.*)

(2) Jubere potuit, sed maluit operari, ut agnoscamus ipsum esse qui de limo terræ corporis membra formavit. (*Lib.* 10. *in Luc.*)

(3) Reformat Christus quod ipse formaverat. Nec tarda caro sequitur ejus imperium, cujus erat ipsa figmentum (*Serm. V. De Pass.*)

persiguen (1). ¡ O ternura de nuestro Salvador! esclama S. Ambrosio, él no quiere que ninguno sea víctima hoy por su causa ; él no permite que ninguno de sus perseguidores sea herido por su defensa. Por esta señal reconozco al que vino para ser herido y para curar á todos los hombres con la sangre de sus heridas (2).

¿Puede imaginarse una cosa mas tierna ni mas patética, dice S. Cipriano, una cosa que nos pinte mejor el corazon tan noble de Jesus, que verle curar amorosamente por sí mismo al primero que atenta contra su persona (3) ? Ved aquí, añade San Ambrosio, como cumplió el Señor la ley que él habia dado á todos de hacer el bien á los mismos que nos odian. El cura las heridas de los criminales que vienen á arrastrar á la muerte al que es santo y justo por escelencia (4).

Mas, ¡o furor maldito de esos mónstruos endurecidos, prosigue S. Bernardo, o corazones mas duros que las rocas, pues que no se ablandan por la majestad de un milagro tan grande, ni por las muestras de una caridad tan estraordinaria (5) ! Ved aquí que ellos se preparan para prenderle y que ejecutan esta cruel y sacrílega prision con todas las circunstancias descritas por los profetas (6). En primer lugar ellos le rodean, semejantes á perros rabiosos que acosan de cerca á una tímida oveja, ó á toros furiosos que persiguen á una novilla cobarde (7). A la manera que un torrente, engrosado por las lluvias, rompe todos los diques y se precipita sobre los campos vecinos, así su furor, tanto mas violento cuanto mas largo tiempo habia estado comprimido, se desencadena contra él (8). En seguida le echan sogas al cuello como á una bestia feroz, y amarran fuertemente por

(1) Discimus mansuetudinem Christi : erudiens nos quod in persecutores nostros oportet esse nos beneficos. (*Homil.* 82. *in Joan.*)

(2) Noluit persecutorem offendi vulnere, qui voluit suo vulnere omnes sanare. (*Lib.* 3. *Officior.*)

(3) Quid potest clementius, quid beniguius dici? Sanatur à Christo qui sævit in Christum. (*De Bon. Patient.*)

(4) Illi Justo mortem inferebant ; persecutorum vulvera ipse sanabat. (*In Luc.*)

(5) Maledictus furor eorum, qui pertinax : quem nec majestas miraculi nec pietas beneficii confringere potuit. (*Serm. De Pass.*)

(6) Cohors ergo, et tribunus, et ministri Judæorum comprehenderunt Jesum, et ligaverunt eum. (*Joan.*)

(7) Circumdederunt me vituli multi, tauri pignes obsederunt me. (*Ps.* 21.)

(8) Quasi rupto muro irruerunt super me, et ad meas miserias devoluti sunt. (*Job.* 30.)

los brazos y por la cintura al dulce Nazareno, que voluntariamente presenta sus manos á las ligaduras (1). Al mismo tiempo los guardias, los sacerdotes y los doctores que asistian á esta ejecucion con la boca abierta, braman de rabia, como un leon hambriento ruge al divisar su presa. Ellos saltan, ellos se regocijan como los vencedores dueños ya del botin que deben repartir entre sí ; y aplaudiéndose los unos á los otros con un gozo feroz, esclaman : « Ya llegó el dia tan deseado ; al fin se nos ha concedido devorar una vida que nos ha sido tan funesta y podemos hacer de ella el delicioso alimento de nuestro odio (2). »

¡Hombre ciegos é insensatos ! ¡ Almas pérfidas y crueles ! les grita S. Ambrosio, así cargais de cadenas al Dios autor de la vida y de la libertad, á aquel á cuyos piés deberiais arrojaros suplicándole que os librase de las ligaduras de vuestras iniquidades (3) ! ¡¡Detenéos por favor ; pensad en lo que haceis y temblad ! Porque no se encadena impunemente á la sabiduría incarnada ; no se aprisiona impunemente al que es la justicia incorruptible.

Mas, ¿ por qué apostrofar á los Judíos ? Jesucristo, observa S. Ambrosio, no se hace su prisionero sino porque estaba ya dispuesto á serlo, ni es cargado de cadenas sino porque así lo ha querido. El Salvador, añade S. Agustin, habia ya probado por una serie de prodigios sorprendentes que nadie hubiera podido apoderarse de su persona si él no lo hubiera permitido y que si en esta ocasion no lo hubiera consentido, como en otras varias, los Judíos se hubieran retirado en silencio sin realizar el proyecto cruel que les habia conducido al Huerto. Mas tampoco Jesucristo hubiera cumplido el amoroso sacrificio para el que vino al mundo (4). S. Pablo hablando de sí mismo, y cuyas palabras debemos aplicarnos cada cual, habia dicho ántes : « Jesus me amó, y por mi amor se entregó en poder de sus enemigos (5). »

(1) Funes extenderunt in laqueum mihi. (*Ps.* 139.)

(2) Sicut exultant victores capta præda, quando dividunt spolia. (*Is.* 9.) Vocem dederunt, sicut in die solemni. Fremuerunt dentibus suis, et dixerunt : Devorabimus. En ista dies quam expectavimus. (*Jer.* 2.)

(3) Oh amentes et perfidi ! ligaverunt Deum, á quo solvi potuit velle debuerunt. (*In Luc.*)

(4) Si nunquam se ab eis permitteret comprehendi, non quidem isti facerent propter quod venerant ; sed nec ipse faceret propter quod venerat. (*Tract.* 2 *in Joan.*)

(5) Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me. (*Galat.* 2.)

Comprendamos pues este misterio. El verdadero Sanson no pudo ser preso sino cuando quiso serlo; él se hizo traicion en cierto modo á sí mismo, no pudiendo resistir á su amor por estos hombres ingratos é injustos que debia librar con sus propias ligaduras, así como debia glorificarlos con sus oprobios, consolarlos con sus dolores y resucitarlos con su muerte. Y en efecto, ¡o desgracia del pecador! el estado de pecado, dice el Espíritu Santo, es para el alma un estado de triste cautiverio y de vergonzosa esclavitud: *Qui facit peccatum, servus est peccati.* Y esta esclavitud es tan dura que el alma manchada por el pecado no solo está en la servidumbre y en la dependencia, sino que tambien está cargada de cadenas que tienen encorvada su frente hácia la tierra, y la impiden elevar sus miradas al cielo; degradada por el pecado se halla como envuelta en las ligaduras que no la permiten moverse; de modo que no puede dar un paso en el camino de la salvacion, y se halla reservada para la muerte eterna bajo el imperio del demonio (1).

Pues bien, Jesucristo, como hemos visto ya, habia obtenido de su Padre, por sus súplicas y su agonía, la gracia de ser tratado como uno de nosotros y de ocupar nuestro lugar, á fin de que nosotros pudiésemos colocarnos en el suyo, y participar de sus méritos y de sus privilegios. En este supuesto él debió verse cargado con las cadenas humillantes de nuestros pecados. Mas como es la santidad y la inocencia infinita, estos horribles lazos no pudieron envolver su alma, y por consiguiente fué necesario que los sufriese su cuerpo; y para obtener que nuestra alma se viese libre de ellos, debió sujetar su cuerpo al poder de las tinieblas. ¡Ah! esclama S. Leon; seguramente el Salvador no hubiera sido preso por los Judíos si él no lo hubiera querido. Mas el peso de las cadenas invisibles con que el espíritu infernal retenia nuestras desventuradas almas era tan enorme, la fuerza de aquellos lazos era tal que ninguno de nosotros podia librarse de ellos, ni hacerse hijo de Dios, siendo como era esclavo del demonio, si el mismo Hijo de Dios no hubiera consentido en cargar su cuerpo inmaculado de cadenas visibles, y ser tratado como prisionero de los hombres (2). En estas circunstancias, añade S. Leon,

(1) Funes peccatorum circumplexi sunt me. (*Ps.* 118.) Præoccupaverunt me laquei mortis. (*Ps.* 17.)

(2) Si teneri nollet, non utique teneretur. Si quis hominum posset salvari, nisi illi non sineret comprehendi. Talibus vinculis tenebatur adstricti, ut, nisi per hanc opem, non possemus absolvi. (1. *de Pass.*)

el demonio, obcecado por su propio orgullo, no descubrió la libertad de la inocencia ni la santidad infinita que distinguia á Jesus de todos los demás hombres; él creyó que habiéndose vestido el nuevo Adan de la naturaleza humana, habia contraido tambien su mancha original. En esta inteligencia trató de perseguirle como á uno de los esclavos que el pecado habia sometido á su imperio. Esta es la razon por que se atrevió á aprisionar por mano de los Judíos á aquel que nada le debia; y este acto de injusticia que ejerció contra el nuevo Adan, cabeza de un pueblo de santos, le hizo perder los derechos funestos que le habia hecho adquirir la culpable temeridad del primer Adan, cabeza de un pueblo de réprobos.

¡O sublime é incomparable misterio de bondad! esclama San Cirilo; si el velo que le cubre se hubiera descorrido entonces, se hubiera visto verificarse el cambio precioso que, Jesus habia solicitado por su agonía, de tomar lo que nos pertenecia, y merecernos lo que era esclusivamente suyo. Entonces se hubiera visto que en tanto que unas manos sacrílegas cargaban á Jesus de cadenas, otra mano misericordiosa é invisible rompia las nuestras; que en tanto que el demonio se apoderaba de la persona del Salvador por mano de los Judíos, nosotros nos emancipábamos de la esclavitud del demonio (1). S. Pablo habia dicho todavía con mas fuerza: « Porque el Hijo de Dios fué atado como un vil asesino por una turba insolente y feroz, es precisamente por lo que nosotros hemos sido emancipados de la vergonzosa servidumbre de la corrupcion y del pecado, y hemos sido investidos solemnemente con el derecho que nos hace participantes de la gloria y la libertad de los hijos de Dios. ¡Cuán preciosa es y cuán dulce esta libertad que Dios nos ha dado (2)! En ella se cumplió esta profecía solemne de David: « El Señor, que ha criado el cielo y la tierra, ha acudido á nuestro socorro; al modo que una mano compasiva libra al pájaro que imprudentemente ha caido en el lazo del cazador, así este Dios de bondad ha roto las cadenas que nos tenian atadas, y nuestra alma se ha salvado de la red infernal de Satanás (3). »

(1) Milites vincula Domino immittunt, qui ad nostram naturam descendit, ut à peccatorum et diaboli vinculis nos eriperet. (*San Cyril. Alexand. in Joan.*)

(2) Qua libertate Christus nos liberavit. (*Galat.* 4.)

(3) Anima nostra, sicut passer, erepta est de laqueo venantium. Laqueus contritus est, et nos liberati sumus: Adjutorium nostrum in nomine Domini qui fecit cœlum et terram. (*Ps.* 123.)

Recibid pues, o Señor, el tributo de mi reconocimiento y de mis alabanzas, supuesto que os habeis dignado romper y llevar vos mismo en mi lugar las cadenas de mi esclavitud. Esta libertad es para mí de mucho precio, es un reflejo de la gloria; porque al salvarme del infierno me asegura la rica y preciosa herencia del cielo. ¡O santas é inestimables cadenas de mi Redentor! Quién me diera besarlas con amor y respeto! ¡Quién me diera poder ponerlas en mi cuello, y gloriarme como S. Pablo de ser el prisionero de Jesucristo! De este modo podria decirse de mí que el amor me hacia cautivo de mi Salvador, del mismo modo que mi Salvador ha querido hacerse cautivo por mi amor: *Oblatus est, quia ipse voluit.*

SEGUNDA PARTE.

No puede admirarse demasiado la generosidad, el anhelo y la caridad con que el Salvador presentó voluntariamente sus manos á las cadenas de sus enemigos; mas tampoco podrá detestarse lo bastante la audacia impía y la infame crueldad de los Judíos y de Judas en particular, que no se detienen en encadenar á Jesus, despues de haberle visto obrar tantos prodigios. Sin embargo, esto no debe sorprendernos. Judas y los Judíos, que ligan el cuerpo del Salvador, están ellos mismos envueltos con ligaduras mas terribles. Porque el Evangelista dice de Judas que despues de su comunion sacrílega entró Satanás en su alma y tomó posesion de ella (1), y el mismo Jesucristo habia dicho á los Judíos pocos momentos ántes, que al apoderarse de él, obraban como satélites del poder de las tinieblas que reinaba en ellos. El crímen de que se hacen culpables Judas y los Judíos al apoderarse de Jesus, sin embargo de que es tan infame en sí mismo, no debe sorprendernos, supuesto que ellos mismos son esclavos del demonio y obran bajo sus inspiraciones y sus preceptos.

Lo que es necesario deducir de esto, amados hermanos, es que Dios habita verdaderamente por su gracia en el alma justa, mientras que el demonio reina por su malicia en el alma manchada por el pecado. Por consiguiente, así como las virtudes sublimes de los santos, que salen de los límites ordinarios de la moralidad humana, se deben á las comunicaciones inefables, y al poderoso auxilio de Dios que fija su morada en el corazon del hombre justo, así los des-

(1) Post acceptam buccellam introivit in eum Satanas. (*Joan.* 13.)

órdenes y los pecados que llenan de admiracion y de horror á los pecadores mismos, que escandalizan á los mismos escandalosos, y salen de los límites ordinarios de la perversidad humana, son el resultado del impulso formidable, de la infernal energía del demonio que reina en el corazon de los pecadores.

Esos padres desnaturalizados que, no contentos con ser ellos mismos impíos y libertinos, toman al parecer todos los medios para inocular á sus propios hijos en la impiedad y el libertinaje de corazon; esos amigos engañosos, esos pérfidos compañeros, esos infames confidentes en quienes la malicia iguala á la corrupcion, y que procuran, sin saber por qué, iniciar en los impuros misterios de la voluptuosidad á las vírgenes inocentes, y á los jóvenes que conservan aun la sencillez de la virtud; esos autores de libros impíos y de poesías obscenas que pierden con sus escritos aun á aquellos que no pueden perder con sus discursos; esos funestos autores de pinturas escandalosas y de estatuas indecentes, que llegan á insinuar el vicio representándolo en accion, que parecen dominados por una especie de furor que les arrastra á acometer pecados inmortales, pecados que les sobreviven, y con los que infestan no solo la generacion presente, sino tambien las generacioces futuras; esos incrédulos, que despues de haber abjurado toda creencia y toda religion, despliegan un celo infernal por arrancar del corazon de los pueblos todo sentimiento de fe y de piedad, y destruir en ellos todos los principios de religion; todos esos seres perversos, de quienes no puede decirse que sean arrastrados por el placer ó por la pasion, sino por un celo ardiente de propagar y de eternizar el pecado, no obran tanto por sí mismos, cuanto por instigacion del espíritu infernal; ellos son los verdaderos ministros, los verdaderos apóstoles y los verdaderos esclavos de Satanás; y segun las palabras del mismo Jesucristo, el demonio es su padre, y ved aquí por que ellos cumplen los deseos y ejecutan las obras del demonio (1).

¡Mas, cuán triste es la recompenss que reciben de su docilidad sacrílega y de su infame ministerio! ¡Oh! ¡Cómo sus cadenas se hacen cada vez mas pesadas! ¡Cómo con el trascurso de los años se hace su esclavitud mas dura y mas irremediable! Ella comienza en el tiempo, y no concluirá jamás, porque tendrá por duracion la eternidad entera. Esos son los corazones perversos de quienes dice la Escritura que su conversion es muy difícil: *Perversi difficile corri-*

(1) Vos ex patre diabolo estis; desideria ejus vultis perficere. (*Joan.* 8.)

guntur. Sin embargo, el número de esos hombres tan profundamente corrompidos no es tan grande. Mucho mas numerosa es la multitud de pecadores de costumbre, cuya malicia no es tan profunda, pero que no por eso dejan de estar bajo la dura esclavitud del demonio, y cuya conversion presenta por consiguiente grandes dificultades.

¡Ah! ¡Desventurados cristianos! ¿De qué les servirá que el Redentor se haya dejado ligar por ellos, y que haya roto una vez las cadenas de sus pecados, si ellos continúan en forjar otras nuevas con sus propias manos? Porque nuestras obras de tinieblas, nuestros hábitos criminales son verdaderas cadenas preparadas por el infierno, y ligaduras pesadas con las que atamos nuestra alma para hacerla esclava del mas cruel de los tiranos (1); ¡y cuán difícil es evadirse de estos hierros cuando se ha principiado á llevarlos!

¡Ved en efecto ese pobre pecador cuyas recaídas se han multiplicado con tanta frecuencia, y que ha visto encanecer sus cabellos en una funesta esclavitud! Pues bien, ya sea por la necesitad íntima que el alma tiene de Dios, ó por el temor de perdese ó el deseo de salvarse; ya sea por la voz amorosa de la gracia que no cesa de dejarse oir á lo lejos del pecador que huye de ella, al mas pequeño golpe con que se siente herido en su fortuna, en su persona ó en su familia; al mas pequeño terror que le causa una muerte repentina; al acercarse una solemnidad cualquiera, ese pecador forma propósitos de conversion. Mas, ¡ay! apénas los ha formado cuando los abandona; y ¿por qué? porque así como la cadena que llevan los esclavos por muchos años penetra algunas veces la carne y aun hasta los mismos huesos, asi en los pecadores envejecidos en el servicio del demonio, la cadena infernal, como S. Agustin dice de sí mismo, se insinúa hasta en la voluntad, que por lo mismo se endurece en ellos al igual del hierro, y bajo un peso tal que ellos no hacen otra cosa que suspirar, y las mas veces en vano: *Suspirabam ligatus, non aliena catena, sed ferea voluntate*. Esos desgraciados quisieran, y no pueden; se levantan, y vuelven á caer; se arrepienten, y cometen nuevos pecados; se agitan en el fango, y jamás salen de él; oyen la voz de la gracia, y obedecen los instintos vergonzosos de la naturaleza. Ellos no quisieran haber comenzado, y jamás se resuelven á acabar. Ellos se echan en cara sus vicios, y jamás se corrijen. Ellos gimen bajo el peso de sus cadenas, pero nunca las rompen. El

(1) Vinculis tenebrarum compediti. (*Sap.* 11.)

pecado, que otras veces les causaba horror, se les ha hecho con el tiempo una costumbre indiferente. La costumbre, dice á este propósito S. Bernardo, se ha convertido en naturaleza, y la naturaleza se ha hecho para el pecador una necesidad de pecar. ¡Horrible necesidad, que produce cuasi la imposibilidad de corregirse! ¡Fatal imposibilidad que degenera en una fria desesperacion de la salvacion! ¡Horrorosa desesperacion, que consuma el terrible misterio de la condenacion eterna! De este modo los pecadores de costumbre continuarán llevando siempre las mismas cadenas; de temporales que son, ellos las harán eternas. Ligados al presente por el pecado, ellos y todas sus facultades, permanecerán para siempre encadenados por el castigo que llorarán eternamente, que los abrumará eternamente, sin encontrar jamás alivio alguno (1). En tanto que el alma del justo unida á Dios por la cadena de oro de la caridad, llevando á Dios en su corazon, y permaneciendo ella misma en el seno de Dios, se despierta en Dios á la hora de la muerte para reposar siempre con Dios; por el contrario el alma del pecador que ha vivido en la esclavitud del demonio unida á él por la cadena del pecado, que tiene al demonio en su corazon, y que ella misma habita en él, se despierta á la hora de la muerte entre sus brazos para ir á participar eternamente de su sociedad en medio de un fuego devorador. ¡Teman pues los justos perder la dulce y preciosa libertad que han adquirido; y giman los pecadores al ver la horrible esclavitud á que los ha reducido el demonio!

Mas, ¿no queda ya esperanza alguna? ¿No hay medio alguno para romper las cadenas tan degradantes, y salir de una esclavitud tan vergonzosa? ¡Ah! ¡Desventurados pecadores, vuestro estado me causa compasion! Mas, ¿qué quereis que os diga? Vosotros os habeis internado en él demasiado.

Escuchad sin embargo lo que no habeis querido oir en otro tiempo, á saber, que no es lo mismo llevar al tribunal de la penitencia un solo pecado, que diez pecados; no es lo mismo confesar despues de haber cometido una falta, que poner un intervalo de muchos años entre el pecado y la penitencia. Escuchad: si el mal es grave, ¿quién es la causa? ¿por qué os internais tanto en los caminos del desórden, á pesar de los avisos de la gracia y los remordimientos de la conciencia? Al presente siento decíroslo con S. Agustin; pero di-

(1) Ligatis manibus, et pedibus mittite eum in tenebras exteriores; ibi erit fletus et stridor dentium. (*Matth.* 22.)

simular el peligro no seria mejorar vuestra situacion. El hombre habituado á cometer el mal, el hombre agobiado bajo el peso formidable de los hábitos criminales, difícilmente se levanta. Sin embargo no desmayeis; tened confianza. Vuestra conversion es difícil no lo niego; pero no es imposible. El mérito infinito de la prision que el Salvador quiso sufrir por vosotros permanece en toda su virtud. Vosotros no teneis que hacer mas que aplicároslo; esto podréis conseguirlo por medio de la oracion, de las lecturas piadosas y de las prácticas de devocion, con el uso de los sacramentos, la huida de las ocasiones, y una separacion pronta de todas las personas y de todos los lugares donde principió vuestra esclavitud. Confieso que esto no es fácil; pero es indispensable. ¿No os someteis á la prueba misma del fuego y del hierro para prolongar algunos dias la salud de vuestro cuerpo? ¿Y qué es el sacrificio de los falsos amigos, de las sociedades disolutas y de las intrigas homicidas, cuando se trata de salvar el alma por toda la eternidad? Creed además que lo que os es imposible con las solas fuerzas de la naturaleza, se os hára fácil con los auxilios de la gracia. Lo que el hombre no puede, lo puede Dios. Sí, vosotros veréis caer á vuestros piés los pedazos de vuestras cadenas; vosotros recobraréis la verdadera independencia del espíritu, la verdadera libertad del corazon, y pasando al presente de la esclavitud del demonio á la libertad de los hijos de Dios *in libertatem gloriæ filiorum Dei*, daréis un dia gracias en el cielo á la bondad de nuestro Salvador, que nos ha conquistado esta libertad por el misterio de su cautividad. *Así sea.*

CONFERENCIA DÉCIMA.

El tribunal de Caifás.

Principes ejus quasi leones rugientes. Judices ejus lupi vespere. Injuste egerunt contra legem. Nescivit autem iniquus confusionem.

Sus príncipes como leones rugientes. Sus jueces como lobos nocturnos. Obraron injustamente contra la ley. Mas el malvado no conoció la vergüenza.

(Sophon. 3.)

Uno de los juicios mas inícuos de que se hace mencion en la Escritura es la sentencia impía cuya inocente víctima fué Nabotth. Para despojarle de su viña, única heredad que le habian legado sus ascendientes, y transferir su propiedad á Acab que deseaba con ánsia unirla á sus dominios, ¿qué hace la injusta Jezabel? Digna consorte de un esposo tan infame, abusa del nombre y del sello real para reunir un tribunal estraordinario, compuesto de los hombres mas malvados de entre los grandes y los ancianos del pueblo. Por su órden es presentado en él el desventurado Nabotth. Dos falsos testigos á quienes ella misma llama abortos del infierno, hijos de Belial, le acusan de haber blasfemado de Dios é insultado al monarca, y en virtud de esta deposicion hace ella condenar á la muerte mas injusta al hombre mas religioso, al súbdito mas fiel que habia en Israel; despues, para enriquecerse con sus despojos y hacerse dueña de su heredad, le hace quitar la vida (III. *Reg.* 21.)

Esta fué sin duda una sentencia funesta, pronunciada por un tribunal infame y desapiadado. Y sin embargo, este tribunal no era otra cosa que la figura profética de aquel que la verdadera Jezabel, es decir, la sinagoga, debia formar para satisfacer á Caifás, verdadero Acab, con el objeto de hacer acusar por falsos testigos y condenar por jueces inícuos al verdadero Nabotth, Jesucristo, á quien se queria despojar de su viña, es decir, de la casa de Israel, de que el mismo Jesucristo se proclama heredero legítimo en la parábola